

# LAS RAÍCES DE LA ENCINA

Por Elena Polanco Durán

Olaya atraviesa la verja del viejo cementerio con el corazón en un puño. Es la primera vez en muchos años que regresa al pueblo que la vio nacer y crecer humildemente, rodeada del cariño y del sufrimiento de los suyos. Ya solo queda ella. Todos los demás la esperan en sus tumbas frías. Que la muerte inexorable los reúna por fin en la eternidad. Ahora, frente a la lápida de padre, no puede contener las lágrimas al repasar con dedos temblorosos las letras en relieve de su nombre. Por lo menos les dejaron conservar la tradición de enterrar a los suyos con respeto para preservar su memoria para las futuras generaciones, si es que llega a haberlas. Junto a la sepultura, una cruz sencilla indica el lugar en el que madre descansa en paz al lado del que fue el amor de su vida. Su compañero en las pocas alegrías y muchas miserias que les tocaron en suerte, como a todos los demás. Nadie pudo escapar de la perversa sed de cinabrio de esas criaturas. La vil esclavitud. El saberse fácilmente desechables. La falta de clemencia de los tiranos. Todo le fue arrebatado. No, todo no. Hay una sola cosa que no pudieron quitarle: sus recuerdos, que ahora sí, se morirán con ella.

\*\*\*

Padre era un gran contador de historias. Forjado en la lumbre de un brasero que calentaba las noches de invierno en las que no había más entretenimiento que un buen cuento a la luz del candil. Épocas que hoy parecen muy remotas. No había dinero suficiente para comprar una radio con la que entretenerse y eso de los libros, revistas y teatros no se estilaba demasiado entre los que pasaban sus trabajitos para llevar un cacho de pan a la mesa. Olaya solo pudo ir al colegio hasta los once años porque se necesitaban sus manos en casa para ocuparse de los hermanos menores mientras sus padres y su hermana mayor iban al campo a ganar un jornal. Así, siendo ella una niña, le pusieron en brazos a un bebé y a un crío de apenas tres años con la responsabilidad de sacarlos adelante sin la supervisión de ningún adulto. Faenaba todo el día con los mocosos a cuestas. Lavaba la ropa de una señora de posibles en el



lavadero del pueblo con el jabón de sosa que se preparaba en casa y que era el mismo con el que se aseaba toda la familia. Luego extendía la ropa sobre la hierba para que se secase. Los días de colada eran sus preferidos porque se juntaban varias de las muchachas del pueblo, las que, como ella, estaban a cargo de sus hermanitos. Charlaban de sus cosas y restregaban bien las camisas para quitar las manchas. Descansaban en la hierba mientras las prendas se secaban al sol, olvidándose por un rato de la dureza de sus vidas. Poco iba a pensar por aquel entonces, tan niña como era, que solo unos meses más tarde ya no importaría quién era rico o pobre en el pueblo porque la más absoluta miseria los igualaría a todos.

A Olaya no le gustaba demasiado ir a la fuente a por agua porque había que cargar el cántaro, casi tan alto como ella misma, y andar hasta la plaza para llenarlo. Luego volver a casa llevándolo sobre la cabeza, con el bebé bien sujeto en el costado y el pequeñín andando él solito. Bajar por las calles empedradas, con la vista al frente para no perder el equilibrio. Si el pequeño lloraba mucho y el mayor no quería andar más porque se le cansaban las piernecillas o tenía sed o hambre o las tres cosas a la vez, les cantaba un poquito para que se contentasen. Les cantaba la canción de Mambrú, que se fue a la guerra y que qué dolor y qué pena y la de un barquito muy chiquitito que no sabía navegar y que la tarara sí, la tarara no, la tarara madre te la bailo yo. En la fuente siempre había alguna mujer que le ayudaba a colocarse bien el cántaro y que le sujetaba al bebé un momento, pero no allí en el camino. En medio de las cercas no había nadie, así que no tenía más remedio que llegar a casa cuanto antes para deshacerse de todo el peso y poder descansar un rato. A las afueras, en el barrio más humilde, es donde estaba la casa de adobe que padre había construido con sus propias manos y que no era más que una sencilla barraca enjalbegada de blanco impoluto "pobres pero limpios" que decía siempre madre. Cuando por fin llegaba, doblaba las rodillas con cuidado de mantener la cabeza bien recta. No se podían permitir el lujo de que se le rompiera el cántaro. Menuda desgracia. No había dinero en casa para comprar uno nuevo. Dejaba al bebé en un camastro, sobre una manta mullidita que había tejido madre, para que no se enfriara. Luego, con las dos manos ya liberadas, sujetaba el enorme jarro bien fuerte por las asas y haciendo un movimiento rápido tiraba con fuerza hacia arriba mientras doblaba el cuerpo hacia delante, lo justo, para que el pesado recipiente quedase intacto sobre la mesa camilla.



Entonces ya podía frotarse los brazos doloridos y hacer rotaciones con la cintura y girar el cuello a derecha e izquierda antes de ocuparse de nuevo de los niños.

Por la noche, madre trajinaba por la casa o le daba de comer al bebé o zurcía ropa. En una de esas idas y venidas, padre la agarraba por la cintura y le decía que se sentase de una vez, que ya había trabajado bastante. Ella se zafaba de su abrazo y le regañaba porque aún tenía muchas cosas que hacer y la estaba entreteniéndolo. No era un enfado verdadero porque sonreía. Al final se sentaba bajo el candil, con los ojos brillantes y la piel tostada por el sol, igual que la de padre. Entonces los niños sabían que era la hora de los cuentos. Padre les miraba uno a uno a los ojos abiertos como platos y se hacía de rogar un poquito antes de preguntar si no habría alguien que por casualidad conociese la historia de la moza que se perdió en el monte siguiendo a un fuego fatuo que no se dejaba coger y como un cervatillo que la vio, se apiadó de ella y le enseñó el camino de regreso a su casa. Los niños mentían y decían que no, que no se sabían la historia mil veces contada y entonces padre empezaba con que había una vez una moza y al terminar el cuento los niños pedían otro. Padre seguía con el del bandolero que se escondía cerca del río, o el del capitán cristiano que engañó al rey moro enviándole en medio de la noche un rebaño de carneros con antorchas en las cornamentas que hizo salir despavoridos del castillo a los enemigos al creer que un gran ejército se cernía sobre ellos. También el de la princesa delicada, que vestía solo con sedas y comía chocolate. Los niños le decían que estaba más buena la morcilla, porque una vez padre llevó una onza de cacao y resultó ser una cosa marrón y harinosa que no sabía a nada de tan malo como era.

Fue por aquel entonces cuando padre fue reclutado por los invasores para trabajar en las minas de mercurio. Una gran nave con forma ovalada similar a un zepelín había aparecido de repente a las afueras del pueblo. Al principio nadie sabía qué clase de artefacto del diablo era aquél. Se limitaba a permanecer suspendido a pocos metros de los tejados. Ni un ruido, ni un movimiento, nada. Los vecinos del pueblo no se aventuraban a ir más allá del límite de las últimas casas, por lo que se descuidaron los campos de labranza y las vacas y ovejas se abandonaron a su suerte. En la misa del domingo el sacerdote les advirtió de la llegada del Apocalipsis y de que serían los cuatro jinetes los que descenderían de aquel extraño engendro mecánico que se había apoderado de los cielos. No se equivocaba. Se encendieron cirios, se hicieron penitencias y se rezaron rosarios pero todo continuó exactamente igual. Algunas



familias se fueron del pueblo para nunca más volver. Se extendió la noticia de que había más naves como aquella por toda la región. Supieron que también habían llegado a la capital, a otras provincias e incluso a otros países. Luego todo cambió. Unos seres grises de gran envergadura, bípedos, con cuerpos musculados y unos largos brazos que les llegaban más abajo de las rodillas fueron casa por casa para terror de sus habitantes. Les obligaron a todos a reunirse en la plaza del ayuntamiento. Los que se atrevieron a defenderse fueron aplastados de inmediato por las descomunales bestias. Allí, acurrucada junto a su familia sobre el húmedo empedrado, Olaya temblaba de miedo incapaz de mover ni un solo músculo. Pasados unos minutos otro ser distinto de los anteriores avanzó hacia la muchedumbre congregada. Caminaba lentamente, casi flotando sobre sus piernas delgadas de apariencia gelatinosa. Sus brazos eran igualmente largos pero carentes de musculatura. Su color, de un gris menos intenso, hacía que el par de ojos negros y facetados que coronaban una enorme cabeza de mantis religiosa, destacasen sobre su piel lisa y brillante. Para sorpresa de todos, la criatura se dirigió a los vecinos en su misma lengua. Les dio un par de sencillas instrucciones: escogerían a los más fuertes y sanos para ir a trabajar a las minas. Querían extraer el cinabrio del que obtendrían el codiciado mercurio. Los demás podían seguir realizando lo mismo que estuvieran haciendo antes de ese día, siempre y cuando se mantuviera el orden.

El gobierno anunció por radio a la población que no se resistiese, que los visitantes habían venido a la Tierra con el único propósito de extraer los minerales que necesitaban para llevárselos a su planeta y que cuando lo hicieran les dejarían en paz. Nadie en el pueblo se lo creyó, pero los pocos que se atrevieron a plantar cara a esas criaturas venidas de otro mundo fueron asesinados sin ningún tipo de misericordia. Así, finalmente, los invasores consiguieron una total obediencia por parte de los humanos, que nacía de la esperanza de sobrevivir a la barbarie.

Antes de la salida del sol, padre ya estaba preparado para unirse a la comitiva de mineros que, escoltados por las bestias, se dirigían a extraer de las entrañas de la tierra el cinabrio que los extraterrestres tanto ambicionaban. Volvía ya anocheciendo, muerto de cansancio, como si le hubiesen estado moliendo a palos durante toda la jornada. Así día tras día, día tras día, metido bajo tierra como un cadáver que no puede ver la luz del sol. Sí que parecía muerto en vida, tan pálido, los ojos sin brillo y lo delgado que se quedó, el pobre, daba penita verlo. Aunque sonreía y contaba



cuentos su voz ya no tenía el brillo de antaño y los pequeños pronto se cansaban de escucharlo y se querían ir a dormir. La tristeza le inundaba entonces los ojos. Él les revolvía el pelo y les decía que a la cama, que ya era muy tarde y después se quedaba con la mirada perdida, muy lejos de allí.

En aquella época madre siempre tenía cara de preocupación, ya no canturreaba cuando hacía las faenas de casa. A veces reñía a los niños sin motivo y al rato les inundaba de besos como pidiéndoles perdón. Por la noche le suplicaba a padre que huyesen, que dejase la mina, que ese sitio le estaba matando y que esos seres infernales no se irían nunca, que acabarían todos muertos como los esclavos que ya eran y que debían luchar por tener una oportunidad, por sus hijos. Mejor morir buscando una salida que vivir sin esperanza. Cuánta razón tenía la pobre. Pero él le contestaba que no, que eso sería arriesgarse mucho, que dentro de un tiempo ya habrían acabado de extraer toda la veta del mineral y que entonces por fin les dejarían en paz y podrían volver a su vida de antes y que los niños y ella estarían bien. Madre le contestaba que ya nada estaba bien y que el cinabrio no se acabaría nunca porque toda la región se asentaba sobre ese maldito mineral rojo como la sangre. A la mañana siguiente madre se pasaba las horas mascullando entre dientes y con un humor de mil demonios. Decía que por qué esos seres, mil veces más fuertes que cualquiera en el pueblo y que además poseían máquinas tan avanzadas, necesitaban de la raza humana para trabajar en las minas. Si con un solo golpe de esas criaturas gigantes se rompería la veta entera. No tenía ningún sentido para ella.

Y así, día tras día durante tres largos años, hasta que una noche padre ya no volvió. "Un accidente", dijeron sus compañeros de penurias.

En la casa de adobe de Olaya ya nadie volvió a explicar cuentos al abrigo del brasero. No hubo más canciones. Las risas se apagaron. Los ojos oscuros de madre nunca volvieron a brillar con la luz del candil.

\*\*\*

Olaya retira las malas hierbas que han crecido sobre las tumbas de sus padres, deposita unas flores frescas y se despide de ellos. Antes ya lo hizo de sus hermanos, que descansan en sus nichos al otro lado del viejo cementerio. Lucía, tan valiente y tan hermosa, su hermana del alma que se enfrentó con solo un puñado de piedras a



una de esas bestias extraterrestres. Sin piedad, el monstruo le partió el cuello como si de una simple brizna de hierba se tratase y la dejó allí tirada durante tres días, como escarmiento, para que todos pudieran ver su cadáver. Gabriel y el pequeño Juanito, sus niños, a los que tanto amó y que se fueron tan pronto, enfermos prematuramente a causa de la desnutrición y de la falta de medicamentos.

Cuando la parca venga a buscarla podrá decirle que cumplió su promesa. Que no pudo salvarles, como tampoco puede salvarse a sí misma, pero que con sus entumecidas manos, cansadas de perforar a pico y pala las galerías de la mina de mercurio, abrió los cerrojos del campo de trabajo en el que ha pasado la mayor parte de su vida y de camino a su humilde casa recogió algunas flores para traérselas a todos ellos.

Que besó sus amadas sepulturas.

Que volvió a las raíces de la tierra en la que crecen orgullosas las encinas.

Y la muerte se apiadará de ella y se la llevará por fin para siempre.

\*\*\*

FIN

